AMANECER

ESTABA en pie lo justo.
Plegarias de agua limpia
madrugaban el huerto,
mirlos de «Dios te guarde»
y brotes de esperanza.

La mañana, ligera,
con bolsillos vacíos
para la inagotable
cosecha de la vida.
Constelación oruga,
constelación insecto,
la hierba, en su sistema
de verde nebulosa,
y un caracol sin prisa
hacia el sol por su tallo.

Otra vez los colores
más acá de la sombra,
desde nubes de olvido
porque la aurora era.

Ventana de lo nuevo,
ave que estrena nido,
ala que viento estrena.
Su eternidad de instante
cumpliendo están las rosas.
Ronda rumbo a la rama
la brisa más ligera,
hacia la calma muda
del árbol centenario.

El mar siempre seguro
porque es mar para siempre.
Más segura la estrella
y el seguro camino.

Venía de la tarde
de la más honda noche.
Era la mariposa
rezagada en el vuelo.
Siempre milagro el agua
para el brocal del pozo
y milagro la alondra
que la mañana otea.

Venía de la tarde.

La bruma del arroyo
recordaba la historia,
pero, insistente, el canto
de la alondra cantaba
la verdad más reciente.

Avanzaba la aurora
con la virgen semilla.
Avanzaba la aurora,
su luz era un prodigio.
Avanzaba la aurora.
Su luz era un prodigio
y la aurora avanzando...



CONCHA LAGOS